

Capítulo 93 - Un día tranquilo

El inminente crecimiento del poder de Vergil ya estaba calculado, y mientras ansiaba pasar tiempo de calidad con sus esposas, caminaba por las vibrantes y caóticas calles, flanqueado por dos mujeres con apariencias ligeramente alteradas. No era exactamente un demonio conocido; de hecho, era solo otro idiota común y corriente que vivía en el inframundo. Pero Katharina y Roxanne... eran como celebridades famosas. Bueno, ellas...

eran

Las hijas de las Reinas Demonio, después de todo.

Cualquiera con un mínimo de sentido común y conciencia social sabía quiénes eran Katharina Agares y Roxanne Sitri; de hecho,

no

¡Saber casi podría considerarse una blasfemia! Así que, para poder pasar desapercibidas entre la multitud, ahora parecían dos mujeres comunes, con ojos y cabello comunes.

Katharina ahora aparecía como una versión menos regia de sí misma, con ropa común y cabello y ojos castaños, mientras que Roxanne lucía ojos y cabello negros, junto con un maquillaje recargado para disimular sus rasgos demoníacos. ¿Podrían volverse completamente rojas como los demonios comunes? Claro, pero entonces no podrían moverse libremente por la zona





noble de la ciudad. Así que mantuvieron una apariencia algo noble para evitar problemas y, al mismo tiempo, mimetizarse.

—Todavía no puedo creer que nos dejaras dos veces para ir a entrenar, cariño —dijo Roxanne, aferrándose a su brazo—. Además... esa chica... —murmuró, sin terminar la frase.

"Te refieres a

otro

—Uno —intervino Katharina, apretando con más fuerza su otro brazo—. En serio... cada vez que desapareces, vuelves con otra mujer... —murmuró irritada, haciendo pucheros—. Se suponía que ibas a ser...

solo mio

¡Dios mío!

"Oh, no fue tan malo", dijo Vergil sonriendo. "Al menos la salvé". Vergil parecía orgulloso; sentía algo por la chica a la que llamaba Alice, y le alegraba haberla ayudado así.

"Hablando de ella... todavía no nos has contado toda la historia. Nosotras... vimos las cicatrices..." murmuró Roxanne.

Vergil dudó un momento, recordando a la chica que había encontrado en un callejón oscuro, rodeada de demonios brutales. Las cicatrices de su cuerpo, marcas de un pasado difícil, afloraron en su mente. «La encontré siendo atacada por unos demonios. La estaban golpeando, y parecía que no tenía





adónde ir, así que... la rescaté», dijo Vergil con una leve sonrisa, aunque no lo mencionó todo.

"Seré cauteloso... especialmente con esa voz que me instaba a ayudarla", pensó.

"Gracias por cuidarla; estaba muy asustada y agotada", dijo Vergil, sonriendo mientras seguía caminando con sus esposas.

"Era casi como si se estuviera quitando no solo la suciedad, sino también un peso en el alma. Se desplomó en la cama en cuanto terminó. Pobrecita, estaba al límite", dijo Roxanne con calma.

Vergil frunció el ceño, pensando en las cicatrices que adornaban la piel de Alice. «Debió de haber pasado por mucho. No sé cómo alguien pudo soportar todo eso y seguir luchando. Es admirable... y triste».



"Parecía muy aliviada después del baño", comentó Roxanne. "Era como si el agua la purificara. Nunca había visto a nadie tan exhausto. En cuanto su cabeza tocó la almohada, se quedó profundamente dormida."

"Solo espero que la paz perdure", dijo Katharina con un tono un tanto sombrío. "Las cicatrices no siempre son solo físicas. La mente y el alma llevan sus propias marcas".

Vergil asintió. «Sí, y eso es algo que tendrá que afrontar. Pero, por ahora, solo necesita un tiempo lejos del caos, un espacio donde pueda reconstruirse».

—Quizás deberías volver a verla cuando volvamos —sugirió Roxanne, con los ojos brillantes de emoción—. ¿Quién sabe qué más podrías descubrir sobre ella?



"No estoy seguro", respondió Vergil, vacilante. "A veces me pregunto si me estoy involucrando demasiado. Ella es... vulnerable. Y yo soy... bueno, lo que soy."

"¿Qué... qué hiciste por ella?", preguntó Katharina con curiosidad. Sin darse cuenta, Vergil había equilibrado su existencia contra la energía negativa, permitiéndole armonizar para que no la destruyera.

"No lo sé, solo lo hice

fufufu

, se rió, burlándose de ellos.

"Debería estar agradecida por haberlo conocido.

mi

¡Marido!, dijo Katharina, apretándole el brazo.

"Si se atreve a levantar esas garras de gato asustado hacia mi marido... la convertiré en una barbacoa", pensó Katharina, dejando escapar un atisbo de sus intenciones asesinas.

—Le estás dando demasiadas vueltas, mi querida esposa —dijo Vergil, acercándola más a él—. No intentará nada conmigo. —Sonrió.

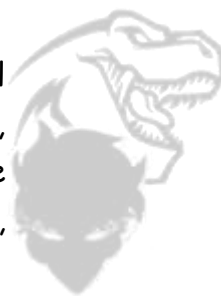


"Será mejor que no lo haga."

Los tres siguieron adelante, cruzando un puente de piedra que los condujo a una zona más concurrida de la ciudad. Las luces de neón se reflejaban en las oscuras aguas del río, mientras risas y gritos alegres resonaban a su alrededor. Abaddon era una ciudad llena de vida y muerte, la antítesis de todo lo existente.

Se dirigieron a una pequeña y acogedora cafetería en una esquina más tranquila. Las paredes estaban adornadas con ilustraciones y obras de arte que capturaban la vibrante esencia de Abaddon, y el aire se impregnaba del aroma a café recién hecho y especias, creando un ambiente acogedor.

Al entrar, Vergil no pudo evitar sentirse un poco fuera de lugar. El ruido del mundo exterior fue reemplazado por una música suave que llenaba el espacio, y los clientes parecían despreocupados y felices. Katharina y Roxanne se acomodaron en una mesa cerca de la ventana, y Vergil se sentó frente a ellas, observando el mundo pasar.



"¿Te sientes bien?", preguntó Katharina, al notar la mirada pensativa en su rostro.

"Sí, solo estaba pensando en Ada", respondió, mirando la calle. "Quizás todo avance más rápido de lo que pensaba. Solo quedan unos días", dijo.

—¡Sí, rómpele la cara a ese cabrón! —lo animó Roxanne—. Pero no intentes matarte, ¿vale? Todavía me quedan muchos postres por probar.

Sonrió levemente, pero la preocupación persistía. "A veces me pregunto de dónde sacaste esa obsesión con los dulces. Empiezo a pensar que los amas más



que a tu marido, ¿sabes? Me entristece". Vergil hizo un puchero, y Roxanne se dio la vuelta rápidamente.

"Nunca dije eso..." murmuró.

'Entonces... en tan poco tiempo, ya he reemplazado los dulces que tanto le gustaban... Qué bien...' murmuró Vergil, mirando su rostro distraído, sus ojos como agujeros negros listos para atraerla en cualquier momento.

—¡Tienes que mirarla así, marido cruel! —dijo Katharina nerviosa—. ¡Deja de mirarla así! ¡Merezo tu atención! ¡A ella ni siquiera le importa!

Vergil rió, sintiéndose un poco más ligero. "Tú y ella son míos; ¿qué cambiaría?"

La conversación continuó mientras esperaban su pedido. Después de unos minutos, el camarero les trajo las bebidas.

Al salir del café demoníaco, se dirigían a un lugar... un tanto inusual. Vergil no les dejó ver exactamente adónde, y los llevó por rutas alternativas hacia la parte trasera de la mansión de Zafiro.

—Entonces... ¿adónde vamos exactamente? —preguntó Roxanne, caminando mientras Vergil los guiaba con determinación; llevaban un buen rato caminando.

"Si te lo dijera, no sería una sorpresa, ¿verdad? Después de tanto tiempo apareciendo y desapareciendo, quería mostrarte los resultados de mi entrenamiento", dijo Vergil con una sonrisa. "Estaba muy decidido a obtener el poder para protegerlos a ambos, ¿sabes?". Soltó una risita.



Katharina observó a Vergil con una mezcla de sorpresa y preocupación en el rostro. "Vergil... ¿hablas en serio?", preguntó al darse cuenta de dónde estaban.

Sonrió, con un brillo de confianza en los ojos. "Ya lo verás."

Roxanne, que aún no había descifrado lo que estaba pasando, simplemente frunció el ceño, mirándolos a ambos, intentando averiguar qué se estaba perdiendo. "De acuerdo, pero ¿podrían dejar de hablar de misterios y decirme adónde vamos? Empiezo a sentir que soy la última en enterarme".

Vergil continuó caminando, guiándolos por un sendero sinuoso detrás de la mansión. Parecía firme, un poco ansioso, pero decidido. A medida que avanzaban, el paisaje se volvió demasiado familiar para Katharina. Sus ojos captaron cada detalle, y un escalofrío le recorrió la espalda al notar que la montaña detrás de la mansión de Sapphire... ya no estaba allí.



—Vergil, ¿qué hiciste...? —susurró incrédula.

Roxanne miró a Katharina y a Vergil, esperando ansiosamente una explicación. Pero Vergil, al notar la sorpresa en los ojos de Katharina, se limitó a sonreír. Se giró hacia ambos y suspiró suavemente, como si este fuera un momento especial para él también.

"Como dije, es la prueba de mi entrenamiento", explicó, mirando el espacio vacío donde antes se alzaba una enorme montaña. "Esta es la prueba de que ahora puedo afrontar cualquier cosa que se nos presente".



Katharina contempló el espacio vacío frente a ellos, intentando procesar lo que veía. Sabía que Vergil había trabajado duro, pero no se imaginaba que

fuera capaz de una hazaña tan grande y devastadora. "¿De verdad... derribaste una montaña entera, Vergil?"

¡¡¡ESA MONSTRUOSIDAD!!! ¡¿CUÁNTOS DÍAS?!!! ¡¡¡ESE LUNÁTICO!!!
¡¡¡BORRÓ UNA MONTAÑA Y NADIE SE DIÓ CUENTA!!! ¡¡¡NI SIQUIERA
ESCUCHÉ NINGÚN RUIDO!!! ¡POR LA FORMA DEL SUELO, LO HIZO HACE
AL MENOS 24 HORAS!!! ¡¡¡ESA LOCA!!! ¡¿QUÉ LE HIZO A MI MARIDO?!

